



RECUERDOS DE A N T A Ñ O

Aquél equipo del Atléctic de Madrid que dió tantos mártires y héroes



He aquí un equipo del Atléctic madrileño que soportó ¡treinta y cuatro córners! en el campo del Madrid y triunfó, sin embargo, por 3-1. Los jugadores que formaban eran: Alfonso Olaso, Ortiz de la Torre, Luis Olaso, Bustillo, Olarreaga, Olalquiaga, Monchín Triana, Burdiel, Quico Marín, Tuduri y Satrústegui.

CORRIAN aquellos muchachos calle arriba perseguidos de cerca por dos polizontes. Eran dos "señoritos", alto uno de ellos, de corta estatura el otro. El más profano en materia deportiva, contemplando cómo los fugitivos iban consiguiendo amplias distancias, hubiera descubierto, prestamente, en ellos a dos deportistas. Iban a doblar el ángulo de una fachada cuando traidoramente se les enfrentaron unas pistolas. No había otro recurso, de momento, que entregarse. Esposas trabaron sus manos, y con ellas ligados y la sonrisa displicente en los labios iniciaron el camino hacia la Comisaría más próxima seguidos de la simpatía de los escasos espectadores de la "caza". La visión de Villa Cisneros pasó por la mente de ambos detenidos. Ellos habían sido compañeros de los caballeros que el 10 de agosto se habían levantado, en Madrid, contra el oprobio. Y recordaron la odisea desde la costa africana hasta la acogedora de Portugal. Ciertamente era más cómodo, aunque tal vez (y miraban las automáticas vigilantes) de mayor

extrajo una sierra y comenzó su labor. Ni una palabra mientras duró la tarea. Al terminarla, quiso el liberado hablar. Le atajó el otro: "¡Irte con ellos! ¡Tú, precisamente tú; nuestro ídolo! Te quité de ahí cuando supe que ibas a vestirme de blanco. Pensaba que jamás volvería a ponerte junto a éstos. Mira: Javier; Pololo y Olaso; Quico Marín, Burdiel y Tuduri; De Miguel, Palacios, Ortiz de la Torre y Luis Olaso. Sí; pensé dejar siempre ese sitio vacío, pero hoy..." De un cajón extrajo el retrato de Ramón Triana; le prendió en la pared con una ligera presión del dedo pulgar y el martillo completó la obra. El último martillazo dió en pleno rostro. ¿Voluntariamente o por descuido? Por una u otra razón, el despechado y caballeroso enemigo lanzó una rotunda interjección. Sacudió fuerte palmazo en la espalda de Moncho Triana y le aconsejó: "Ahora ten cuidado; que no siempre vas a encontrar un atlético para salvarte la vida." Y el pobre Ramón no lo volvió a encontrar en aquel día de noviembre en que caía junto a mi hermano.

¡Y como Moncho cayeron tantos de aquel equipo! Precedió a todos Pololo, aquel Miguel Durán de grata recordación, que tras una carrera brillantísima en la Escuela Especial de Minas, dirigía unos yacimientos carboníferos en su tierra asturiana. La revolución de octubre de 1934 se llevó una vida que había sido gloriosa en nuestro deporte y se prometía fructífera en la industria nacional. Su camino lo siguieron luego Triana y Alfonso Olaso, inmolado el primero en Paracuellos de Jarama, y caído el segundo en la defensa de Teruel. Con ellos Vicente Palacios, el chicarrón de Gijón, noblote y bravo. Tras la liberación, Antonio de Miguel pagó su tributo a tantas penas y a persecuciones tantas como sufrió durante el cautiverio. En una explotación minera, a la que estaba afecto como ingeniero, contrajo Ortiz de la Torre la enfermedad que le llevó al sepulcro. Sino glorioso y trágico el de aquel conjunto formidable del Atléctic de Madrid que un día de mayo de 1926 disputaba en Mestalla una final al Barcelona. Fué siempre norma en el Atléctic la caballerosidad más exquisita en los actos de sus directivos y en el juego de los muchachos de sus equipos. Pero aquel "once" supuso la concreción de todas las virtudes. Era Javier Barroso, actual Presidente de la Federación Nacional, un portero de facultades asombrosas y elegancia suma. Pololo jamás recurrió a un "faut" ni para evitar un gol. Su compañero, Olaso, tenía la bravura de un león, y su toque y colocación eran magníficos. Quico Marín representaba la finura, y al mismo tiempo la rapidez, en una línea de medios cuyos otros elementos, Tuduri y Burdiel, pertenecían al tipo de los batalladores. La delantera, un portento, porque en ella se habían conjugado la sapiencia y la veteranía de De Miguel, el fútbol cerebral de Ortiz de la Torre, el ímpetu (¡cómo remataba de cabeza!) de Palacios, el juego variado y eficaz, tremendamente eficaz, de Luis Olaso, con la magia inigualable de Triana, el "as" de ases.

JOSE MARIA UBEDA

El conjunto blanquirrojo que jugó la final de 1926. En él figuran los jugadores caídos por la Causa Nacional durante la Cruzada. De izquierda a derecha: Luis Olaso, Tuduri, Quico Marín, Pololo, Burdiel, Triana, Barroso, Palacios (Vicente), Ortiz de la Torre, Alfonso Olaso y Antonio de Miguel.



Campo de O'Donnell. Moncho Triana ha burlado a la defensa del Madrid y serenamente bate de cerca a Cándido Martínez. Junto a ellos aparece Antonio Sicilia, una de las mejores glorias del Club blanco.

peligro, el intentar la huida antes de pasar por el mismo trance. Y abordaron la contingencia. Después de todo, no sería la primera vez que se jugaran la vida. Y... si un esquinazo del barrio de Salamanca madrileño les había sido fatal, otro les fué propicio.

La táctica a desplegar en estos casos es la de dispersión de fuerzas. Tomó uno de nuestros héroes dirección hacia la izquierda, mientras el otro encaminaba sus esfuerzos en contrario sentido. Bajo las balconadas engalanadas por la fiesta del Sagrado Corazón, los portales se entreabrían ya tímidamente después de los minutos de agitación callejera. Los transeúntes miraban curiosos a aquel muchacho de continente señorial en su pequeñez, que procuraba, inútilmente, ocultar las ligaduras infamantes. Amigos unos, fueron cobardes; enemigos otros, se sintieron infundidos de respeto. Mas la situación era peligrosa y debía resolverse prestamente. La suerte intervino para favorecerlos. Junto a una puerta, un joven con atuendo azul de mecánico, observaba venir hacia él la figura conocida y admirada, adorada con frenesí en un tiempo. La fijeza de su mirada hizo variar el rumbo al que huía. Inútilmente, porque se sintió atenazado por una mano poderosa mientras unos ojos preñados de rabia con una boca que sordamente ordenaba: ¡entra aquí! Manos, ojos y boca, con su acorde en expresión, dejaban entrever algo que no era amenaza. Los dos jóvenes desaparecieron en un pasillo angosto; luego, en un patio oscuro; por fin, la puerta de un tallercito les cerró el paso. La abrió el mecánico, y la luz de una bombilla alumbró una modesta instalación industrial. Sobre el banco, una hilera de herramientas: sierras, limas, martillos. En la pared, ordenadas, en formación correcta, unas fotografías. Un portero; bajo él, dos "backs"; tres medios y... ¡cuatro delanteros! Sí; cuatro solamente. En el puesto del interior derecha, un vacío dejaba ver la cal desconchada. Sin una palabra, el dueño del taller sujetó las esposas en el tornillo del banco;

